

ANDRES AVELINO CACERES A 162 AÑOS DE SU NATALICIO*

Señoras y señores:

Una fecha de especial recordación, el 162 aniversario del nacimiento del Gran Mariscal Andrés Avelino Cáceres, brinda a quien les habla el inmerecido honor, de pronunciar unas palabras en homenaje a quien es, sin duda, la figura paradigmática por excelencia, en la historia del Perú Republicano.

La efemérides que hoy nos congrega no sólo atañe al hecho primero de la biografía de un héroe. Es mucho más. Es un día motivador de reflexiones sobre el pasado, el presente y el futuro de nuestra patria. Es un día en que tenemos con nosotros presente, el recuerdo del hombre que supo enseñarnos que formamos parte de una nación cuyos derechos son inalienables, sobre todo cuando hacemos referencia a la sagrada heredad territorial, que ha de defenderse incluso con el sacrificio de nuestras vidas.

Cáceres es un símbolo de un compromiso plenamente vigente. Por eso traspassa los lindes del ciclo histórico que le tocó vivir, ya que su ejemplo se proyecta hasta nuestros días.

Hoy que el país vive momentos cruciales, en que se discute sobre la intangibilidad de su territorio, Cáceres guía los afanes de todos aquellos que entienden a cabalidad lo que significa el deber para con la patria, el sagrado compromiso de resguardar sus fronteras, sin permitir nunca más el entreguismo ni la traición.

El Héroe de La Breña afrontó en su tiempo múltiples adversidades, sin doblegarse jamás ante ellas. Tuvo por único norte el bien de la patria y nos supo enseñar con sus actos cómo se la respeta, como se la ama y cómo se la defiende.

La escasez de recursos no fue óbice para que Cáceres enalteciera el pabellón bicolor defendiéndolo con valor en cien combates, protagonizando portentosas hazañas en su heroica y prolongada lucha contra el invasor extranjero.

Las fatigas de esa singular epopeya, los sacrificios, las amarguras y otras muchas vicisitudes, pudo soportarlas Cáceres no sólo por su vigorosa naturaleza e inextinguible valentía, sino sobre todo por lo acendrado de su fervor patriótico.

Nada le fue imposible, pues con tropas precariamente armadas libró encarnizados combates, sobrepasando los límites del deber, por lo cual pasó a convertirse en el Héroe Epónimo del Perú.

Cáceres estuvo con Grau en Iquique y con Bolognesi en Tarapacá, luchando muchas veces hasta disparar el último cañonazo y hasta quemar el último cartucho. Y si no tuvo como sus heroicos camaradas la suerte de inscribir su nombre entre los mártires, fue porque Dios le preservó la vida, para que cumpliera la hermosa misión de conducir altiva y enhiesta la bandera de la resistencia, como adalid invicto en la irrestricta defensa de la heredad nacional.

Durante cuatro años, de 1879 a 1884, Cáceres recorrió incansable, a pie y a caballo, toda la vastísima complejidad de nuestra geografía. Tramontó los empinados picachos de la cordillera, cruzó torrentosos ríos, venció insondables abismos y atravesó angustiosos yermos. Todo lo supo afrontar llevado por el noble ideal de contener la invasión por todos los medios, presentándose en todas partes altivo, infatigable, soberbio y majestuoso, que hasta el propio enemigo tuvo que admirar tanta audacia.

Y superado más por la fatalidad que por los adversarios, muertos a su lado cientos de camaradas, carente de apoyo a nivel oficial, no por ello consideró perdida la causa de la resistencia.

Alumbrado por una inquebrantable fe, sin que se agotara nunca su esperanza, esperó día a día ver resurgir de nuevo el sol de la victoria. Y ésa fue la convicción que alentó toda su existencia, más allá de la infausta guerra y del difícil período de la reconstrucción nacional, porque fue una convicción que acompañó todos sus actos, hasta el instante final de su heroica y benemérita existencia.

Todos los peruanos, sin distingo alguno, reconocen en Andrés Avelino Cáceres a la figura cumbre del Perú Republicano, al modelo de las más excelsas virtudes cívicas y militares, al héroe entre los héroes y al paradigma de la Unidad Nacional.

Es tan añorada su imagen y tan gloriosa su vida, que en las ciudades, en el campo, en las aldeas, en las comunidades, en las escuelas, en los cuarteles y en todos los rincones del Perú, el nombre de Cáceres se pronuncia con respeto, con veneración y con cariño, porque los corazones se conmueven ante el recuerdo de sus hazañas.

En Cáceres vemos a la personificación cabal de nuestras más grandes aspiraciones, ya que él representa lo mejor de nuestros ideales. Por eso, rendir cualquier homenaje a su gloria inmarcesible, es simplemente acoger la vibración unánime de la gratitud nacional.

Hombre de espíritu profundamente democrático, Cáceres profesó como un dogma la igualdad en su forma más amplia. No hubo para él distinciones de clases, ni de razas, ni de credos, lo cual le granjeó el aprecio de propios y extraños. La Unidad Nacional, ese ideal aún no consolidado, fue el norte de toda su vida. Y si bien supo de reconocimientos y gratitudes, encumbrándose como el más admirado entre sus contemporáneos, no por ello perdió su sencillez, su bonhomía y su modestia, engrandeciéndolo mucho más aún su imagen paradigmática.

Pasarán los años, transcurrirán los siglos, y la gloria de Cáceres crecerá con el tiempo. Porque generación tras generación, los peruanos honrarán por siempre su memoria, recordándolo como guerrero insuperable, como estadista eminente y como egregio ciudadano. Por todo ello, a 162 años de su nacimiento, Andrés Avelino Cáceres está omnipresente, manteniendo su ejemplo inmovible vigencia.

Muchas gracias.

***Discurso escrito por el coronel Orestes Rodríguez Gonzáles.**